

Yolanda Lastra García, *Textos chichimecos. Bosquejo gramatical, léxico y notas históricas*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2018, 2 ts.

Un compendio de saberes.

Este libro es una amplísima compilación de escritos en la lengua que destaca el título, acompañados de bosquejo gramatical, léxico y notas históricas, distribuidos a lo largo de casi 900 páginas, que, a juzgar por el año en que inició la Dra. Lastra su trabajo en la Misión de Chichimecas (1958), cuenta con una gestación de exactamente sesenta años; toda una vida. Una vida a lo largo de la cual la lingüista, al tiempo que rescata sus artes verbales, ha ido viendo disminuir el número de conocedores de esta lengua del tronco otomangue y la familia otopame, desde antiguo amenazada, y de la cual se calcula quedan hoy apenas poco más de 2000 hablantes. Otra más de las creaciones culturales en riesgo de extinción de este México nuestro, que parece estarse yéndonos de las manos en lo que a pueblos originarios corresponde.

El valioso texto, a más de ofrecer las narrativas recopiladas (73 textos de distinta extensión y temática) aborda aspectos puntuales de lingüística (fonología, morfología, sintaxis), concentrados en el segundo tomo, de poco más de 300 páginas, que nos provee no sólo de aspectos gramaticales *stricto sensu* (en los que no me detendré pues no soy ni remotamente especialista en esos temas), sino que ofrece además otras consideraciones. Así, en la sección “Léxico español-chichimeco”, a menudo, a más de la traducción de tal o cual voz, se ofrecen ejemplos acerca del uso o los usos del término, ciertas modalidades de la declinación del verbo que se esté tratando, e incluso datos etnográficos. Por poner unos cuantos ejemplos, cuando se traduce el verbo buscar *túta?a* se nos proporcionan variantes de su declinación en diversos tiempos, modos u personas (los buscamos, los fueron a buscar, busco, buscó, lo acaba de buscar), a la vez que explicaciones de lingüística histórica, por llamarlas de algún modo: “la *ú* de la primera persona viene de *gú*, pero las formas de la tercera singular y plural son innovaciones analógicas semejantes a las de la primera conjugación”.

Asimismo, cuando se da la traducción para “cama”, se especifica que *númbi?i*, vocablo que la nombra, “se refiere a una cama como las que venden hechas, pero si duermen en petate se dice *sumás*”, y al traducir epazote (*ma?a*) se agrega que “con epazote se hace té nueve días, para el espanto. Al día siguiente se pone epazote en alcohol en los pies y brazos”. Nos enteramos, además de que tanto para denotar “parir” como “ovar” vale un término (*kúme*), y que para el adjetivo “pardo” se emplea la misma voz que denota al color azul (*kusú*), lo que nos alerta sobre el hecho, bien estudiado por algunos psicólogos y antropólogos físicos, de que incluso la percepción de colores y tonos es un asunto culturalmente dado (no en balde el vocabulario inuit considera tantos tipos de blanco y el de varios grupos amazónicos incluye amplias paletas cromáticas para describir los verdes).

Se nos indica, también que el *urá ribé?*, llamado en castellano pitacoche, es un “pájaro que como que pita; va a pasar algo”; es decir, un pájaro agorero, y, nueve entradas más abajo en el léxico, al traducir el verbo “platicar” se nos señala que es un transitivo de la 5ª conjugación y, asunto de indudable mayor interés para el etnólogo, que ese mismo verbo es el que denota la acción de “hablar con Dios”

solicitándole ayude a quien se dirige a él para transformarse en águila...

Resulta, pues, que, más allá de su sencilla denominación de “léxico”, esta sección conjuga traducciones, indicaciones gramaticales e información cultural, médica, etnográfica, e incluso datos acerca de la cosmovisión, a la usanza de aquellos valiosos *thesaurus* de la época colonial, que desbordaban los marcos de un mero vocabulario, diccionario o arte gramatical.

Puesto que las vemos aparecer, a veces en forma tangencial, y a veces en forma directa en las narraciones mismas, cabe destacar también las observaciones de orden geográfico y sobre todo histórico que nos ofrece la autora en la parte introductoria, basándose en fuentes antiguas (testimonios arqueológicos incluidos) y modernas. Oralidad y escritura se complementan de manera multidisciplinaria.

Así, si bien es opinión generalizada que los antepasados de estos ézar, como se autodenominan en su propio idioma los hablantes de ʉzɑ? o chichimeco jonaz, fueron primordialmente cazadores recolectores, desde 2006, hace ya 13 años, la misma Yolanda Lastra, junto con Alejandro Terrazas, combinando evidencias lingüísticas del proto otopame con términos agrícolas, esbozaron la posibilidad de que en algún tiempo de su pasado prehispánico los chichimecas hubiesen practicado la agricultura.

Al respecto, cabe recordar que estudios tanto arqueológicos como etnohistóricos han planteado que, en respuesta a cambios climáticos, ciertos pueblos tanto de Aridoamérica como de Mesoamérica pudieron haber modificado sus patrones de subsistencia; una situación que experimentaron de nuevo cuando conquistadores y evangelizadores obligaron a varios de ellos a concentrarse en misiones o presidios, lo que en no pocos casos acarrió la pérdida de los conocimientos ancestrales que permitían sobrevivir a los pueblos nómadas. Basta leer aquellos tomos de la colección *Historia de los pueblos indígenas de México* dedicados a las etnias del norte para darse cuenta de cómo el impresionante arsenal de conocimientos tecnológicos vinculados a la caza y la recolección, que daban sustento a relaciones de reciprocidad, trueque y competencia, desapareció a la par de los flechadores de pitahayas y la reducción a poblados.

Ese vaivén entre la vida sedentaria “bajo campana” (como se decía en la época colonial), y la existencia seminómada en los montes, aparece clara en el texto que nos ocupa, pues la doctora Lastra, recurriendo a fuentes históricas, da cuenta de cómo, una y otra vez, los intentos hispanos por hacer vivir a los chichimecos a la usanza occidental derivaron en las consabidas formas de explotación, que terminaban por obligar a los naturales a huir a los montes cercanos, abandonando sus caseríos y, con ello, la evangelización, la cual quedó sucesivamente a cargo de franciscanos y jesuitas. Incluso el primero de los textos recopilados, de don Jorge Mata, que en 1958 tenía ya 70 años, alude a ello, al referir las luchas entre ambos grupos, en tiempos en que los antepasados chichimecos apenas contaban con flechas y hondas para aventar piedras a los hispanos, apuntando, no sin orgullo: “no [...] dejaban que se arrimara la gente porque éramos muy alzados, y de esa manera éramos muy valientes”...

“Alzados”, “valientes”... No en balde en la época colonial “chichimecos”, “mecos” o simplemente “bárbaros” eran, como asienta Cuauhtémoc Velasco Ávila, los apelativos que se endilgaban a los naturales renuentes al cristianismo o a vivir a la usanza española. “Tierras de guerra” para los colonizadores, “tierras del Demonio” para los evangelizadores.¹

Larga vuelta dan las cosas. Esos mismos ézar (como se autodenominan) tenidos por cazadores recolectores, y divididos, desde antiguo, en tierras hoy norteñas y regiones centrales como el actual estado de Guanajuato (en cuyo municipio de San Luis de la Paz habitan en su gran mayoría), según asienta el apartado etnográfico que les dedicó la *Biblioteca digital de la medicina tradicional mexicana*, se ocupaban en 2009 en labores agrícolas con fines de autoconsumo (maíz, frijol, chile, calabaza, jitomate,

¹ *La frontera étnica en el noreste mexicano. Los comanches entre 1800-1841*. México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social e Instituto Nacional Indigenista, 2012, p. 97.

camote y papa), quedando como cultivos comerciales los del maguey y distintas variedades de nopal, de los cuales se aprovechan respectivamente aguamiel y quiote, pencas y tunas. Lo anterior se hacía en grupos familiares, pero a ello se agrega el trabajo asalariado como “jornaleros, molineros, regadores o apicultores en las comunidades vecinas”, y la crianza de chivos y borregos, que proveen de carne, leche y lana.²

Mucho de ello y otras actividades, aun cuando sea en forma tangencial e incluso simbólica, figura en los 73 textos de que da cuenta Yolanda Lastra, tras describir, uno por uno, respetuosamente, a quienes se los narraron.

Observamos así cómo el horizonte migratorio de los ézar deambula incluso por sus artes verbales, que dan fe de narrativa común al ámbito indoamericano —como el sempiterno enfrentamiento del astuto conejo y el crédulo coyote—, pero matizada con fábulas de Esopo y hasta cuentos de Grimm y de Perrault. Es sabido que las más de 500 fábulas griegas, recopiladas por Esopo entre el siglo VII y el inicio del VI a. C. pasaron desde temprano a Occidente, bien en su versión original, bien recreadas por escritores latinos y persas, y sirvieron de base a otras como las escritas por María de Francia en la Edad Media o Jean La Fontaine ya en el XVII, por lo que no es extraño que viajaran en el equipaje de conquistadores, misioneros y funcionarios, y se hayan conocido en el Nuevo Mundo. De hecho, recordemos, en los *Cantares mexicanos* aparecen fábulas de Esopo en náhuatl. Y varias de ellas figuran en la literatura infantil hasta nuestros días. ¿Quién no ha escuchado la cigarra y la hormiga, la zorra y las uvas, o Pedrito y el lobo?

Otro tanto podría suponerse ocurrió con cuentos, leyendas y mitos de origen no americano que vemos asomar hoy en relatos tanto en español como en lenguas indígenas, formando a menudo parte de ese modo de comunicación considerado mítico-literario.³ Y así como en la narrativa maya tojolab’al contemporáneas pueden aparecer remanentes de relatos catalanes sobre hijos de mujeres y osos (inexistentes en la zona), o sobre Blanca Flor de Berlín Berlán, en los relatos de que da cuenta esta obra de Lastra, vemos que los chichimecos no sólo adoptaron sino que “adaptaron” textos venidos de otras regiones y culturas, conjugándolos en ocasiones con narrativas previas americanas, y re-creándolos en ocasiones de tal modo que dieron pie a nuevas temáticas y figuras literarias.

Corresponde al lector el placer de descubrir tales procesos de “mestizaje literario”, por llamarlo de algún modo, donde podrá encontrarse con un águila que muestra, no un islote de tierra a los mexicas en medio de un lago, sino todo lo contrario: enseñará a los chichimecos sedientos un ojo de agua debajo de una piedra en medio de parajes resecos, o se topará con que no sólo el tío conejo es capaz de dejar en ridículo al hambriento coyote, sino que en su lugar puede lograrlo un par de borregos que, haciéndose los tontos, logran romperle el costillar a fuerza de topes. Verá desfilar por sus páginas a la misteriosa mujer tapada (esa a la que tuvo que desposar un joven para que la dueña de las aguas le permitiese seguir pescando a su padre: hijos por hijo), la cual terminó por huir “lejos, donde el Aire”, cuando su marido, aprovechando que dormía, levantó el velo que cubría su cara. Se enterará también de la existencia de un ermitaño que tenía pájaros por hijos, y verá que las botas de siete leguas que robó al ogro nuestro conocido Pulgarcito, aparecen aquí en calidad de calcetines que le ayudarán a llegar hasta donde la

² Agrega dicha *Biblioteca* que “aproximadamente un 24% de los habitantes de la Misión tienen trabajo remunerado alrededor de ocho meses al año”. véase <<http://www.medicinatradicionalmexicana.unam.mx/>> pueblos.php?l=2&t=chichimeco-jonaz>, consultada el 24 de febrero 2019.

³ María Rosa Palazón, “Rumores al viento. Palabras de Nos-otros”, en Antonio Gómez H., Ma. Rosa Palazón y M. H. Ruz (eds.), *Ja sloil ja k’altziltikoni. Palabras de nuestro corazón. Mitos, fábulas y cuentos maravillosos de la narrativa tojolabal*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Mayas y Universidad Autónoma de Chiapas, 1999, pp. 71-116.

señora Aire (tan mítica como mesoamericana, pues echa tortillas y cocina nopales para comerlos con chiles), junto con su hijo, “el Aire joven”, le ayudarán a recuperar a su mujer.

Igual de placentero resulta leer el cuento de los dos compadres y su increíble historia de transformación de excremento en dinero, el del muchacho de la vaca pinta que se disfrazó de mujer, o el de Juan el oso, similar al relato catalán que, ya comentaba, figura también en la narrativa de los tojolab’ales de Chiapas, pero que aquí aparece empleando felinos para acarrear su leña, y tiene el privilegio de toparse con el viejo barbas de ixtle, que se inclina sobre la tierra para escuchar las palabras que se profieren en el otro mundo, y con otro personaje, Arranca cerros, que usa su mecapal para cargar montañas y cambiarlas de lugar; se encontrará luego con tres muchachas en una comunidad bajo tierra, de la cual escapará volando sobre un águila...

Ya que no se trata sólo de *mitos* y cuentos, sino también de *logos* (es decir, argumentaciones escuetas que no necesariamente “cuentan” una historia ancestral y anónima), la obra posibilita saber también de trabajos cotidianos, de la lucha por la tierra en años pasados cuando era necesario perderse en los vericuetos burocráticos de la Ciudad de México para venir a tramitar los papeles ejidales, de los problemas de la siembra, del trabajo en las minas o en labores de albañilería, de las vicisitudes por la sequía, que obliga a contentarse con un magro atole, con chile y, si bien va, con pulque colonche y miel de pirul.

Para contrastar esos relatos de la cotidiana pobreza que en ciertos periodos se trasmuta en miseria, están las narraciones que permiten regodearse con la recreación de los festejos en honor de la virgen María o de algún santo patrono, cuando se fabrican chimales para ornar los espacios sacralizados, se recolectan “ceras”, se junta “pólvora” para los cohetes o se pasea un plato para recaudar fondos, a manera de limosnas, para la fiesta del año; se preparan para “la echada” de flores, la música de viento y de tambora, las danzas de chichimecos, mientras se espera a los visitantes de comunidades cercanas, como el rancho del Cócono y hasta de Querétaro, confiando en que “Dios nos dará licencia de encontrarnos todos ese día [porque] ya lo sabemos, *sa? ú-nu?u matyn ni mané*: la muerte anda muy rápido”. Acaso hasta conceda poder ir otra vez a la fiesta de Cruz del Palmar, en la comunidad otomí del municipio de San Miguel Allende, porque el mundo chichimeco no es un universo cerrado.

Tan no lo es, que por eso en sus narraciones no sólo dan cuenta de ires y venires entre mitos americanos, fábulas latinas o narraciones europeas; a más de ello los textos dan fe de cómo perdura el ayer en la memoria, y, asunto de particular interés, cómo una y otra vez se transforma, apostando por permanecer, pues, como es bien sabido, las creaciones culturales que no se renuevan, se anquilosan y desaparecen.

Los testimonios de esa apuesta por cambiar para permanecer, emergen apenas ojear y hojear el libro (con y sin ache), que da fe de cómo a los elementos de antiguo se entrelazan los más recientes, tejiendo una urdimbre siempre renovada, pero que al mismo tiempo permite mantener conceptos, valores y prácticas que para los integrantes de la comunidad etnolingüística chichimeca son irrenunciables y deben, en consecuencia, resguardarse.

Y en esa labor de valoración y rescate se inscribe, definitivamente, el libro *Textos chichimecos*, por lo cual no queda más que agradecer a Yolanda Lastra el que, con su labor paciente, generosa y dedicada, nos permita asomarnos a esa constelación de conocimientos, prácticas y valores que decidida y amorosamente resguardan en su memoria los propios chichimecos. Y agradecer a todos ellos por contribuir en el mantenimiento de un saber que a la vez que nos deleita, nos compromete en la salvaguarda de toda una forma de percibir, comprender y domesticar el mundo, que se expresa a través de una lengua.

MARIO HUMBERTO RUZ
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM



“Diceño dechichiMeco natural del Partido PaRal”, México, ca. 1711 atribuido a Arellano, óleo sobre lienzo, 103,5x78,5cm. Colección popular.



“Diceño dechichiMeco natural del Partido PaRal”, México, ca. 1711 atribuido a Arellano, óleo sobre lienzo, 104,7x79,5cm. Colección popular.